

«ciudad para desarrollar teorías generales. La teoría social, como la cosmología, ejerce siempre atracción sobre el principiante. Su primer impulso le lleva siempre a las cuestiones básicas y a preguntar por los problemas fundamentales de la vida social. Pero tal ímpetu inicial muere rápidamente si, como es el caso de hoy, los *curriculae* académicos y los puntos de vista de los profesores no le proveen del suficiente interés y la formación necesaria para afrontar tales problemas generales. El estudioso desdeña los maestros de la teoría social y el intento de emularlos cuando descubre que no pueden ayudarle a conseguir situarse profesionalmente. Y, sin embargo, aun los más viejos maestros como Comte y Spencer pueden leerse con provecho, pues son espíritus creadores ricos en sugerencias para ulterior elaboración. Si busca uno en sus páginas respuesta a los problemas cotidianos de investigación y no hallándola los abandona como inútiles, desaprovecha la lección que su originalidad puede enseñarnos. No respuestas concretas, sino estímulos para el pensamiento creador es lo que nuestro sistema de educación debiera enseñar a buscar a los jóvenes sociólogos. Cuando se devuelve a la teoría social el lugar que le corresponde resultará no sólo un renovado aprecio de los maestros, sino que se producirán nuevas obras maestras, que servirán con mayor exactitud y penetración la necesidad intelectual de interpretar las conclusiones básicas referentes a la sociedad.

En la discusión de este tema en la American Sociological Society de Chicago (septiembre de 1951), Kenneth E. Bock y Stephen W. Reed, difiriendo de Abel en algunos aspectos concretos, concuerdan en la urgente necesidad de una labor sintética que impida a los sociólogos pulverizarse en la especialización. F. MURILLO.

SETON-WATSON (Hugh): *Twentieth Century Revolutions*, en «The Political Quarterly», vol. XXII, núm. 3, julio-septiembre 1951 (págs. 251-265).

El artículo constituye un intento de explicar los movimientos revolucionarios ocurridos durante el siglo xx, teniendo en cuenta al lado de los factores puramente económicos otros de naturaleza política, y entre ellos, singular-

mente, el origen y la ideología de los líderes revolucionarios y la estructura política dentro de la cual se desarrolla el movimiento revolucionario.

Particularmente interesante es su análisis de las deficiencias de la estructura política en determinados países, según la cual el campesino, empobrecido por una tierra deficientemente explotada y antieconómicamente mantenida por la sobrevivencia feudal de grandes latifundios, se traslada a la ciudad, y al negarle muchas veces la realidad incluso el ingreso en el proletariado, por la baja industrialización del país, busca su fortuna en los empleos públicos, inflando intolerablemente la burocracia y creando un *Civil Service* enorme y pésimamente remunerado; la deficiente remuneración genera la corrupción, y ésta viene a sumarse «a una tradición de arrogancia y de brutalidad». En este tipo de sociedad lo normal hasta tiempos relativamente recientes ha sido la tranquilidad, porque «las masas eran demasiado inertes y los burócratas demasiado poderosos»; el giro radical se ha producido cuando la *intelligentsia* se ha decidido a asumir la jefatura de las masas desheredadas; ello se halla en la raíz de la revolución soviética y, combinado con ingredientes nacionalistas, raciales y, por supuesto, económicos, puede encontrarse en los más de los movimientos revolucionarios triunfantes o abortados del siglo xx.—M. ALONSO OLEA.

DROULERS, S. I. (Paul): *Débuts du Catholicisme Social*, en «Gregorianum», vol. XXXIII, 3, 1952 (págs. 451-454).

En una sustanciosa brevedad nos informa sobre el estado de la investigación acerca de los inicios del llamado catolicismo social en Francia, refiriéndose principalmente a la tesis doctoral de J. B. Duroselle, que abarca el período 1822-1870, menos estudiado que el posterior, del que son bien conocidas figuras como Albert de Mun y La Tour du Pin. La investigación de Duroselle es juzgada muy favorablemente por Droulers. Empieza aquél por delimitar lo que debe entenderse por catolicismo social, usando este término en sentido restringido para designar el movimiento intelectual y práctico que tomando conciencia del «problema obrero» se esforzó en remediarlo dentro de los principios católicos.